

AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA
BAJO LAS GARRAS
DEL DESPOTISMO



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

PRINTED IN CANADA

AURORAS Y TEMPESTADES REPUBLICANAS



CAPITULO PRIMERO

¡VIVA LA LIBERTAD!

I: LA REUNION SECRETA.—II: DIVINA COMPASION.—III: EN LAS USAS DEL LOBO.
IV: UN RAYO DE LUZ.

1

LA REUNION SECRETA

—¿Es aquí?

—¡Aquí!... Pasa con cuidado.

—Echa delante que ya voy.

—No tropieces con el primer peldaño de la escalera.

—Ya tengo la mano sujeta a la baranda.

—Espera... ¿No has oído?

—¡Qué?

—Parece que hablan en el portal.

—¡Creo que no!

—¡Esos malditos policías del Gobierno! ¡Con qué gusto nos cogerían para llevarnos al patíbulo!

Los dos hombres que así dialogan, han comenzado a subir la estrecha y pina escalera de un pobre edificio situado en la vieja calle del Olmo. En las espesas tinieblas se recortan sus figuras de sombra un poco desdibujadas.

Tras ellos y a los pocos segundos se advierte un nuevo rumor. Llegan más conjurados.

Acuden a la cita secreta. Pasan sin alzar el rostro y ascienden como fantasmas hasta el primer piso de la casa, lugar de la reunión.

Unos golpes suaves, acompasados, y al abrirse la puerá uno sola palabra. La consigna secreta que, para ser expresada, apenas cruza los labios de los que llegan.

Pedro Recio que por primera vez realiza aquella visita experimenta en todo su ser una profunda nerviosidad. Siente toda su patriótica exaltación encauzada hacia meritorios destinos, de sacrificio y de redención.

—¿Viene contigo este muchacho?—le interrogan al compañero de trabajo, que acaba de iniciarle.

—Conmigo viene y podéis abrirle los brazos. Es leal y valiente y como nosotros quiere luchar por la libertad de España.

Una pobre luz situada muy cerca de la techumbre ilumina precariamente la espaciosa sala donde la reunión se celebra.

Apenas si pueden distinguirse los rasgos fisonómicos de los reunidos. Resuena una voz reprimida por el temor de ser escuchada.

—Se acerca la hora, compañeros. La revolución crece, sin que nadie pueda atajarla. El absolutismo, disfrazado con ideas liberales, está condenado a muerte. ¡Contra el Gobierno y contra la corona!... Si es preciso derramar nuestra sangre la derramaremos, no para sostener al despotismo y al trono, sino para conquistar la libertad.

—¡Cuenta con nosotros! El juramento se cumplirá y España será libre —responden otras voces. Pedro Recio, sin poder dominar su entusiasmo, se alza rápido del taburete.

—¡Yo me ofrezco para lo que sea necesario!

—¡Es preciso el concurso de todos!

—El mío de los primeros. Por la justicia y por la libertad disponed de mi vida.

—Pronto tendremos que utilizar el ofrecimiento. Baja la voz. La menor imprudencia se paga con la vida...

Pedro Recio obedece, realizando para conseguirlo, un verdadero sacrificio de la voluntad. Sus ojos están muy abiertos. Sus manos tiemblan. Ha concentrado en lo que puede escuchar toda su atención.

Amenazas que se ahogan en el silencio. Promesas que se ratifican con el gesto y con el ademán. Se ha llegado a un acuerdo decisivo.

—Mañana...

Y el resto de la secreta conspiración se pierde como un soplo, desvaneciéndose en la sombra.

—¿Y yo?—interroga anhelante Pedro Recio.

—Tú vigilarás para proteger a los que realicen la justicia. ¿Entiendes?

—Estaré en mi puesto.

Súbitamente, en los labios nerviosos de los conjurados se apagan las palabras. De la calle llega un agudo silbido.

Se repite apremiante. La reunión ha sido descubierta y pronto la policía cercará la casa. Las sombras precipítanse escalera abajo. En la calle estrecha y oscura aparecen los conjurados, separándose rápidos en distintas direcciones. Pare el aire el ableteo de unos disparos. Las baas no han podido dar en el blanco. Amanece y en el silencio de las primeras horas de nuevo día suena el golpe de una ventana que se cierra violentamente.

* * *

Horas más tarde acércase a la Puerta del Sol un coche cerrado. Procede de los jardines del Retiro y va ocupado por Amadeo de Saboya, el monarca de nacionalidad extranjera.

A buen trote cruzan los caballos del regio vehículo la extensa plaza y penetran en la calle del Arenal.

Súbitamente resuena el trágico estampido de algunos disparos.

Han querido matar al rey. La escolta de policías dispara sobre los agre-

sores. Todos no pueden escapar; algunos son detenidos; otros caen derribados, partido el corazón por una bala.

Gritos de terror, maldiciones. Alguien ha gritado:

—¡Viva el rey!

El imprudente es joven y apuesto. Viste con absoluta elegancia. Llámase Gonzalo de Togores y Zavala y es primogénito de uno de los títulos de más rancia nobleza castellana.

Apenas si puede terminar la retadora frase. Un obrero enérgico, resuelto, Pedro Recio, que fiel a su promesa, no había faltado a la cita, sujeta por el cuello al imprudente, lo zarandea y acaso el petrimetre hubiera muerto a sus manos si en aquel instante unos agentes policíacos no hubieran caído sobre Pedro, aturdiéndole a golpes, derribándole.

Le arrastran lejos de aquel lugar. Junto a la calle de Carretas pretenden maniatarlo, pero las energías de Pedro Recio vencen en la lucha desesperada y logra huir. El tumulto favorece su fuga.

—¿Le conoces?—pregunta uno de los agentes a su compañero.

—Es nuevo en el oficio, pero daré con él. Es albañil, se llama Pedro Recio y sé dónde trabaja.

Entre tanto, el fugitivo, girando hacia atrás la cabeza a cada instante, llega a la calle de Atocha, gana la plaza de Antón Martín y, a buen paso, penetra en la del Ave María. Al llegar allí, súbitamente se detuvo. Estaba a dos pasos de la logia masónica, donde la noche anterior había iniciado sus actividades revolucionarias.

—Volver ahora—imaginó—sería una locura... ¿Ir a casa?... ¡No! Me conocieron y esperarán que llegue para detenerme.

Anduvo mucho rato acaso para disfrutar de aquella libertad que por unos instantes vió tan comprometida.

Sin proponérselo había llegado a la calle de la Bolsa. Vaciló entonces acerca de la dirección que debía seguir y vacilando estaba cuando al alzar el rostro, en sus pupilas hubo una expresión de profunda sorpresa.

Dentro de un zaguán próximo e inclinada sobre el cuerpo de un hombre, al parecer herido, descubrió a una mujer. Avanzó rápido hacia ella y exclamó, a tiempo que anhelante la sujetaba por los hombros:

—¡Carmen! ¿Qué haces aquí? ¿Quién es este hombre?

II

DIVINA COMPASION

Preciso será, para explicar aquel providencial encuentro, que retrocedamos al instante en que, arrastrado Pedro Recio por la policía, de cuyas manos logró fugarse, Gonzalo de Togores y Zavala quedó maltrecho y amenazado aún por las iras populares.

Los gritos y las amenazas del pueblo habían motivado en los finos labios del aristócrata, un gesto de soberano desdén. De poco le sirvió el desprecio. Sin que la policía pudiera evitarlo, lo sacudieron, lo insultaron y lo derribaron por fin. Entonces se impuso en Gonzalo el espíritu de propia conservación. Logró escapar de los golpes y, confundido entre los grupos que ocupa-

ban la extensa plaza, ganó la calle mayor y al llegar a la de la Bolsa, tropezó y dió de bruces sobre el pavimento.

Con el agudo pico de un portal se había partido la frente y la sangre, que había empezado a empurpurarle el rostro, amenazaba cegarle.

Un ahogado grito de angustia escapóse de su garganta. Todavía escuchaba los gritos de los revoltosos. Arañando las piedras, acuciados por el miedo a la muerte, logró girar sobre sí mismo hasta ganar el zaguán en cuyo portal había tropezado.

Dos minutos después, los grupos revolucionarios pasaban calle arriba sin advertirlo.

Gonzalo suspiró hondamente. Quiso incorporarse y no pudo, intentó gritar, pero su garganta reseca ahogaba el grito. Tampoco pudo imaginar una solución extrema en aquella situación comprometida.

Las ideas volaban de su cerebro antes de que pudiera concretarlas.

¿Será esto la muerte?

Y cuando el horror comenzaba a crispár sus manos advirtió que otras muy suaves rozaban su rostro. Abrió los ojos a tiempo que escuchaba una voz cantarina velada profundamente por el espanto.

—¿Estará muerto, Dios mio? ¡Pobre!

Le había descubierto una mujer, una graciosa y linda mujer del pueblo. Negros y brillantes tenía los cabellos, y sus pupilas de azabache clavadas estaban en el derribado cuerpo del perseguido.

Apenas contaría veinte primaveras y bajo el leve percal de la blusa, el pecho se alzaba agitado por la emoción generosa.

Se alzó. Rápida salió del portal y a poco volvía con un pequeño recipiente lleno de agua hasta los bordes. Lo acercó a los labios de Gonzalo, que bebió ávidamente.

Luego, sin perder un instante, desgarró el breve y blanco delantal, lavó la herida y la vendó cuidadosa.

Gonzalo advirtió el rostro de la generosa muchacha y las palabras de agradecimiento que ya tenía a flor de labio murieron para dejar paso a una exclamación:

—¡Jamás he visto una mujer tan hermosa!

La improvisada enfermera, sorda al piropo, interrogó amable y satisfecha:

—¿Está mejor?

—¡Gracias a ti! Dios te pagará la caridad y yo te quedaré agradecido toda mi vida.

—¡Bah! ¡No vale la pena, señorito! Un favor se hace por cualquiera.

—Quiero saber tu nombre.

—¿Para qué?

—Para recordarte siempre y... para quererte.

Y al pronunciar estas palabras, Gonzalo pretendió sujetar entre las suyas una de las manos de Carmen.

Esta retrocedió, exclamando:

—¡Alto! Una cosa es que yo me haya compadecido y otra que usted pretenda atropellarme.

—¿Quién piensa en eso, mujer? Dime cómo te llamas.

—¡Carmen! ¡No tengo por qué esconderme!

—Pues oye...

A este punto llegaba el diálogo y se incorporaba la muchacha para escapar, cuando las manos de Pedro Recio la sujetaron por os hombros.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién es este hombre?

—No lo sé. Le vi herido y me compadecí.

—Pero... estás congestionada...

—No te preocupes. Quizá que al inclinarme se me fué toda la sangre a la cabeza.

Pedro Recio se acercó más al caído y súbitamente recordó su rostro.

—¡Ah!... ¡Canalla! ¡Tú habías de ser!

Alzó la mano, pero Carmen detuvo el golpe.

—¿Para qué? ¡No sería digno de ti!... ¡Vamos!

Pedro, tras una mirada de rencor dirigida a Gonzalo se dejó arrastrar.

Caminaban muy juntos, cobrando Pedro en la dulzura de la entrevista la inquietud de la persecución que había sufrido.

—¿Qué ha pasado en la calle del Arenal?—interrogó Carmen.

—Nada. Un pequeño revuelo.

—Dicen que han querido asesinar al rey.

—¡No es verdad!

—¿Estabas tú allí?

—Por casualidad pasaba cuando los tiros y...

—Maravilla había de ser... ¿Quién te llamará a ti meterte en esas cosas?

—La sangre que hierve en las venas ante tanta injusticia. ¿Con qué derecho se puede protestar de la esclavitud si carecemos de corazón para redimirnos?

—Verdad será, pero...

Carmen no pudo terminar la frase. Unos brazos musculosos cayeron sobre los hombros de Pedro Recio. Le rodeaba la policía y el que parecía mandar a los agentes, dijo a uno de los esbirros:

—Ya te dije que tardaría poco en caer.

—¿Sabías que había de pasar por aquí?

—Vigilaba y después de perderlo de vista la casualidad lo ha traído a nuestras manos.

Carmen, angustiada, con el terror pintado en las pupilas y enclavijadas las manos, gritaba frenética:

—¡Asesinos! ¡Cobardes! ¿Qué os hizo?

—¡Calla!—replicó Recio—. ¡Márchate! ¡Me volvería loco si se atrevieran a tocarte!...

No pudo hablar más. Los policías le arrasraron calle abajo y Carmen, presa de un llanto convulsivo, quiso seguirlo, pero uno de los agentes la amenazó.

—¡Atrás! Camine en sentido contrario y sin volver la cabeza.

Hubo de obedecer. Tras ella y cuando el preso, arrastrado por los que le conducían, hubo desaparecido, caminó difícilmente Gonzalo.

La pérdida de sangre apenas le permitía andar, pero el afán le prestaba energías. Con las manos apoyadas en las paredes siguió de lejos a la fugitiva. Una lumbre de esperanzas libidinosas incendiaba sus pupilas.

Tras un largo rodeo, Gonzalo vió como Carmen a perderse fué en estrecho y obscuro portal de la calle de Toledo.

III

EN LAS UÑAS DEL LOBO

Cuando la generosa muchacha penetró en la modesta sala de su vivienda, apenas tenía fuerzas para sostenerse. Los acontecimientos que ya conocemos habíanla hecho llegar más tarde que de costumbre y su madrastra, la señora Rita, la recibió puesta en jarras y en los labios una irónica sonrisa:

—¿Has podido venir ya, princesa?

Carmen no despegó los labios. Lentamente se acercó a la ventana situada junto al portal de la casa y entre los floridos tiestos su rostro fué una flor más, una rosa blanca en la que se abría el milagro de los ojos negrísimo, iluminados por una viva inquietud.

—¿No quieres responder?

—Déjeme tranquila.

—¿Qué? ¿Cuándo fusilan a tu novio?

Carmen giró el rostro rápidamente. Sintió como si la punta de un agudo cuchillo se le hubiese clavado en el corazón.

Terrible debió ser su mirada; porque la "señá" Rita volvió la espalda y pronunció indiferente:

—¡Ahí tienes la cena!

—¡Se la puede usted llevar!... ¡No podría pasar ni un solo bocado!

Y Carmen quedó con las pupilas fijas en la calle. Había cerrado la noche y la muchacha escudriñaba en la sombra. Nada podía esperar y, sin embargo, un secreto afán la retenía junto a los hierros de la ventana.

* * *

¿Qué había sido entre tanto de Pedro Recio? La fortuna, no obstante aparentar que le había abandonado, todavía velaba sobre él.

Sus arrestos, sus entusiasmos vivían en el recuerdo de sus compañeros de revuelta, que habían reconocido en su decisión, en la lealtad de sus convicciones un poderoso elemento revolucionario.

A partir del suceso ocurrido en la calle del Arenal realizaron imposibles para encontrarle y así sucedió que cuando Pedro era conducido por la policía y pensaba que sólo el patíbulo o, en el mejor caso, el calabozo, podía esperarle, un grupo numeroso de sus compañeros de aventura sorprendió resuelto a los que le conducían.

La fuerza del número y la decisión en el ataque resolvió la victoria a favor de los revoltosos.

Los policías fueron desarmados, rodaron bajo los golpes de los que habían realizado la sorpresa y de pronto, como si todo se hubiera producido maravillosamente, Pedro Recio no sólo se vió libre, sino elevado y vitoreado por sus compañeros, que lo erigieron en figura principal de la revuelta revolucionaria.

Todo su amor a Carmen tradújose en indignación contra los que le separaron de su lado, contra los que alzaron sus manos sobre ella y Pedro pegó firme, heroico, y aquella noche su palabra, inflamada de santa rebeldía,

pidió la libertad con voz trémula por la rabia y escuchó el homenaje de los aplausos que la revolución rendía a su entusiasmo.

—¡Hombres como tú son los que España necesita!—le dijeron.

—Os prometí mi vida—respondió—y la tendréis si para el triunfo es preciso sacrificarla.

Había de temer, acaso más que nunca, pero la revolución le protegía, crecía su figura.

*Héroe de un instante podía llegar al pináculo de sus ambiciones si antes una bala no le tendía en medio de la calle.

Cuando terminó, entre aplausos y gritos de entusiasmo la reunión revolucionaria, Pedro, ungido por una repentina popularidad, procuró escapar del "centro". Ocultando el rostro bajo las anchas alas de su sombrero, cruzó las calles de Madrid, llegó a la Plaza Mayor y al penetrar en la calle de Toledo descubrió el rostro de Carmen, blanco, bajo la clara luz de un rayo de luna.

—¡Pedro!—gritó levemente la muchacha.

Recio llegó a la ventana y emocionado prendió entre las suyas las manos de Carmen.

IV

UN RAYO DE LUZ

—¿Me esperabas?

—¡Sí! Te espera cuando no debía esperare, pero mi corazón me mandaba esperar. Sabía que te acechaba la muerte... y sin embargo mis ojos te buscaban en la noche.

—Para venir hube de jugarme la vida. Otros también se la jugaron para defenderme.

—Pero te acechan, acabarán vencién-dote.

—¡No! Mi voluntad y tu cariño harán que triunfe la justicia.

—¡Tengo miedo, Pedro! ¡Tengo miedo!

—¿Miedo a quién? ¿No ves que es el pueblo que se levanta como una ola de fuerza avasalladora y terrible? ¿No ves que los esclavos se revelan y que los tiranos vacilan? Nos esperan días de triunfo, Carmen. El trabajo triunfará sobre la injusticia. España será libre y tu amor será mío. Has de ver...

Recio no puede terminar la frase. En la sombra del cuarto suena una voz cascada, desagradable, interrumpiendo el coloquio amoroso.

—¡Vamos, niña! ¡Dile a ese que se vaya, que el tiempo corre y se gasta el aceite!

—¡A ver si tiene prisa la señora!—replica Pedro sin separar sus manos de la florida reja.

—¡Ya lo sabes!—exclama la muchacha—. No te puede ver... ¡Tiene esas ideas!

—¡Maldita beata!

—¡Y tú que no sabes fingir!

—¡Ni sabré nunca! La razón es mía, nuestra, y la defenderé mientras viva.

La voz antipática resuena otra vez:

—¿No has oído, Carmen? ¡Que ya es hora!

—¡Voy!—replica, malhumorada, la muchacha.

Súbitamente resuenan sordamente unos pasos cerca de la reja.

Carmén clava sus ojos en la calle. Acaso teme que los sicarios despóticos espíen al revolucionario.

—¿Qué pasa?—pregunta Recio, girando el rostro.

—¿No has oído?... Unos pasos... Y además, allí, cerca de la esquina, hay dos sombras, ¡mira!

—¡Vamos! El miedo te hace ver visiones.

—¡Estoy segura! Vete, Pedro, vete antes que puedan sorprenderte. ¡Todavía tienes tiempo de escapar!

—Si es verdad lo que dices me vaya o no, sucederá lo mismo.

—¡No! Acaso no te han visto todavía.

Recio gira de nuevo el rostro. Carmen tiene razón. Dos sombras se recortan en la noche; acaso lo espían para asesinarlo.

Más que el temor, el deseo de no caer vencido ante la mujer amada le deciden a obedecer.

—¡Adiós! Vendré mañana.

—¡Adiós! Camina despacio y pegado a la pared. ¡Que no te vean!

Pedro sujeta entre las suyas, la mano morena y suave de Carmen, y sobre ella deja un beso apretado y silencioso.

Luego se aleja lentamente.

Carmen no separa de él sus pupilas. Ve como las dos sombras avanzan resueltamente hacia el revolucionario y le detienen.

Un leve grito de angustia se escapa de sus labios.

No ha sido menor la sorpresa de Recio, que al advertir el avance de los que parecían espíarle, retrocede un paso dispuseto a defenderse.

Un segundo después se convence de que le han espionado para velar por la seguridad de su vida. Reconoce a dos compañeros.

—¿Quién os dijo dónde estaba?

—Te seguimos. Quien se hubiese acercado a ti hubiera caído sin remedio.

—¡Gracias!

—¡Ahora vamos andando! Está a punto de amanecer y es preciso quitarse de en medio cuanto antes.

En la ventana florida vigila Carmen. Apenas puede respirar. Ve como Pedro estrecha la mano de los dos desconocidos, observa la breve conversación y comprende la verdad. La inquietud desesperada se ha trocado en resignación dolorosa, en esperanza turbada por la incertidumbre. Cuando, por fin, pierde de vista al revolucionario, lentamente sepárase de la reja y, poco a poco, si el ruido, cierra las puertas de la florida ventana.



CAPITULO II

DOBLE TRAIACION

I: AMORES Y EGOISMOS.—II: EN EL SUPPLICIO.—III: SOLUCION OPORTUNA.
IV: LA SORPRESA.

I

AMORES Y EGOISMOS

- ¿Ya se ha ido ese republicanote?—barbotó la señora Rita.
—¡Ya se ha ido!... ¡Sí, señora! ¿Qué quería usted que hiciera?
—Lo que yo quisiera sería perderlo de vista para siempre... ¡Hereje! **El** día que me harte!
—¡A ver qué va a pasar!
—¿Me desafías?
—No tiene usted derecho a mandar en mi gusto, en mi deseo.
—¡Es claro!... ¡Como se trata del duque de Alba!
—¡Es honrado y me quiere con toda su alma!
—¡Vaya usted viendo! ¡Un albañil que no tiene sobre qué caerse muerto!
—¡A usted no le importa! Le quiero y... basta.
—¡Tú tienes el deber de obedecerme!
—¿Yo?... ¡Si fuera usted mi madre!... Pero... ¿Madrastra?... Ya sabe usted el refrán...
—¡Insolente!
—Si Pedro es pobre es porque los que lo explotan le roban el producto de su trabajo.
—Esas ideas, las ideas que te ha inculcado ese sinvergüenza, son las que más tarde o más temprano serán tu perdición. ¿También eres tú de los que quieren arrastrar a la nobleza?
—Yo quiero nada más que la justicia igual para todos.
—¡Loba! ¡Tan hereje como tu novio!
—¡No diría usted eso si supiera lo que hice esta noche!
—¿Y qué hiciste, paloma?—interrogó tras un corto silencio, vivamente interesada.
—Cuando salí del taller crucé la Puerta del Sol como pude. Ya en la calle de la Bolsa hallé a un hombre herido en el portal. Le perseguían. Corriendo había resbalado y estaba herido en la frente.

- Alguno de los asesinos del rey, ¿verdad?
 —No señora. Por su traje, por sus maneras, parecía un aristócrata.
 —¿Y qué hiciste?
 —La ropa era lo de menos. Lo demás para mí era que un hombre se estaba desangrando.
 —¿Y qué?
 —Corrí a una taberna próxima. Me dieron allí un poco de agua. Rompí el delantal y después de lavarle el rostro que tenía cubierto de sangre, le vendé la herida.
 —¡Muy bien hecho!
 —¡Así lo pensé yo y por eso lo hice!
 —Y... ¿Era joven el herido?
 —Joven y bastante guapo—replicó Carmen—, pero tenía las manos muy listas. Gracias a que...
 —¿A qué?
 —¡A nada!...
 —¡Mujer! ¡No creo yo que fuera a comerte!
 —¡Por si acaso!
 —Ni siquiera te has enterado de quién era, ¿verdad?
 —¿Y para qué? ¿Qué falta me hacía saberlo? Ya sabe usted para qué quieren los ricos a las mujeres jóvenes y pobres...
 —¡Exageraciones! ¡Calumnias! La vida es para vivirla, no para pasar estrecheces y miserias. ¡El amor! ¡Valiente tontería!
 —¡Lo único digno de respeto!
 —¡Sí!... ¡Sí!... Vete a la confesura con mucho amor y sin dinero...
 —¡Bueno!... ¡Cállese usted ya!... ¡Si no fuera porque...!
 —¡Me ibas a pegar!
 —¡Ea!... ¡Hasta mañana!

Y Carmen, reprimiendo su inquietud por la suerte de Pedro, penetró en el dormitorio humilde y reducido, donde sus sueños de virgen y sus incertidumbres de mujer creaban aquel amor tan desairado por la señora Rita.

La madrastra tardó todavía algún tiempo en acostarse.

—¡Idiota! ¡Más que idiota!—pensaba—. ¡Ni siquiera ha procurado averiguar su nombre!... Si yo supiera... Si yo pudiese enterarme...

II

EN EL SUPPLICIO

Crecía la humareda del volcán. El fuego de la revolución surgiría sobre la cúspide de un instante a otro.

Cada día eran más graves las trágicas noticias de la guerra. Don Carlos avanzaba, dominaba pueblos, fusilaba prisioneros.

Crecía el número de detenidos. Bastaba una protesta para verse amarrado en el fondo de un calabozo.

Pedro reuníase con sus compañeros de comité en cierta taberna de la Cava baja. Una noche le sorprendieron. No pudo defenderse. Horas más tarde sufría un humillante interrogatorio.

Había de pronunciar los nombres de sus compañeros, delatarlos.

El alcaide de la cárcel, viejo de sonrisa irónica y rencorosa expresión

en las pupilas, que bajo la sucia pechera de la camisa dejaba ver el rojo escapulario, se acercó a Pedro cuando éste llegó a su presencia con las muñecas esposadas y ante la negativa del preso, le cruzó el rostro con dos bárbaras y cobardes bofetadas.

—¡Así trato yo a los valientes como tú!—exclamó luego, irónico.

Recio, con el rostro ensangrentado, pasó al calabozo de castigo.

Horas eternas y terribles. Lamentos que llegaban de otras celdas le advertían que no sólo a él lo martirizaban.

El carcelero, un viejo sargento realista, parecía gozar con sus sufrimientos.

—Más vale que nos mataran de una vez—pronunció Pedro sordamente

—¿A ti?—interrogó el carcelero—. ¡No lo esperes!... Parece que eres pájaro de cuenta y mientras no cantes no quieren que cierres el pico.

—¡Cantar! La delación es de cobardes.

—¡Bueno! Ya verás cuando vengan y te arranquen las uñas.

—¡Ni entonces ni nunca!

—Todavía no sabes cómo se convencen aquí a los hombres.

—¡A los hombres como yo de ningún modo!

—¡Eso lo veremos! Hay un casco de hierro, ¿sabes?... Te lo ponen de tal manera que te cubre toda la cabeza. Luego le dan a unos resortes y la carne se parte como un papel de fumar. ¡Al que le ponen la careta está más guapo cuando se la quitan!

Pedro Recio no desmayó un instante. Solamente experimentó un raro estremecimiento cuando la risa lúgubre del carcelero perdióse en el obscuro corredor de la cárcel.

Aquella noche, cuando su pasión política y su amor a Carmen iluminaban las tinieblas de su espíritu tuvo una visita agradable. Quien se acercó a su calabozo no atravesó el umbral. Fué tan solo una voz a través de la estrecha mirilla.

—¡Pedro! ¡Pedro!

—¿Quién es?

—¡Un amigo!

—¡Bah!

—Soy oficial de la cárcel. Siento la revolución como usted la siente.

—¿Qué?—exclamó Recio sorprendido.

—¡Silencio! ¡No grite! Mañana estaré de guardia todo el día. Si puede salir del calabozo aproveche la ocasión. El rastrillo estará abierto.

La voz se ahogó en el silencio.

Pasaron las horas lentas, interminables y, por fin, lució el nuevo día.

El padre Amador, un sacerdote influente en el gobierno amenazado por la revolución, giraba una visita a la cárcel y llegó al calabozo de Recio.

En sus labios se dibujaba una hipócrita sonrisa.

—¡Confíese, hermano! Diga los nombres de los que le ayudan.

—¡No soy traidor ni lo seré nunca!

¿Cómo fué? El mismo Recio no pudo explicárselo.

Abierta estaba la puerta del calabozo. Pedro derribó al padre Amador y, rápido, jugándose la vida, atravesó el umbral.

Las balas llovían sobre su cabeza. No le tocaron.

Dos horas más tarde dialogaba secretamente con un jefe del ejército.

—¿Usted cree que responderá el pueblo?

—Ojalá la tropa estuviera tan dispuesta.

III

SOLUCION OPORTUNA

Animada está la tertulia en el lujoso y blasonado gabinete del viejo **duque** de Albaida. No pasan diez minutos sin que los criados anuncien la **llegada** de un nuevo contertulio.

—¿Qué hay de nuevo?

—La catástrofe es inminente. No podemos llegar a una solución.

—Aseguran que Amadeo está resuelto a marcharse.

—¡Sin duda alguna! ¡Vamos al caos!

—¿Pero nadie le ha hecho comprender?...

—Ruiz Zorrilla ha rogado en vano. Además, todo sería inútil.

—¿Y Serrano?

—Poco puede hacer, sin embargo...

—¿Qué?

—También ha procurado parar el golpe, asegurando al rey, después **de una** reunión de militares, su concurso para sostenerle en sus derechos **constitucionales**.

—¿Y qué?

—¡Todo inútil!

Súbitamente, un nuevo personaje apareció en la tertulia.

Era el padre Amador. Llegaba congestionado, nervioso.

—¿Qué le sucede?—le interrogaron.

—¡Pedro Recio se ha escapado de la cárcel!

La noticia cayó en la tertulia como una bomba.

—¡Sería preciso capturarlo a toda costa!

—¡Es muy difícil!—aseguró el clérigo a tiempo que dejábase caer **en** mullida butaca.

Silencioso escuchaba los animados comentarios cuando le tocaron **sua-**vemente en los hombros. Al alzar el rostro descubrió a Gonzalo, heredero **del** viejo duque de Albaida.

—Vengo a darle a usted la solución de lo que considera imposible.

—¿A qué te refieres?

—Al modo de prender a Pedro Recio.

—Pero... ¿tú le conoces?

—Perfectamente.

—Habla... ¡dime!...

—Podría ser un golpe de doble efecto y para lograrlo yo tengo la **solu-**ción segura, infalible...

—¿Acabarás?

—¿Recuerda usted cuando hace algunos meses atentaron contra la **vida** del rey?

—Es decir, cuando tú...

—¡Justo! Usted recuerda que cierta muchacha compasiva... o **interesa-**da, porque las mujeres son muy ambiciosas...

—Recuerdo todo eso. Prosigue...

—Pues bien... Carmen, que así se llama, es la novia de Pedro Recio.

—¡Continúa!

—Vive con su madrastra a quien sería fácil convencer. A Recio se le **po-**

dría atraer a casa de Carmen con una excusa... Luego... el hombre para ustedes... ¡y la mujer para mí!

—¡Gonzalo!

—¡Cada uno lucha por lo que le interesa!

—Dime... ¿Dónde vive esa mujer?

—En la calle de Toledo. Muy cerca de la plaza mayor. En la acera de la izquierda. Es un piso bajo y la ventana está cuajada de flores. ¡Acepta el cambio!

—Aceptado. Te avisaré el momento oportuno.

El padre Amador se alzó rápidamente de la butaca y dos minutos después abandonaba la tertulia.

* * *

Muy de mañana era. Carmen acababa de marcharse al taller y la madrestra, sacando estaba la mantilla para su diaria peregrinación por iglesias y sacristías, cuando una voz insinuante y cascada como la suya, resonó en la puerta del cuarto.

—¿Quién es?

—Soy yo, señora Rita... ¿Se puede?

—¡Jesús!... ¡Cuánto bueno por mi casa! Adelante, doña Micaela, adelante. Precisamente pensaba en usted en estos momentos.

—¡También es casualidad!

—Pues, sí... Estaba poniéndome la mantilla y pensando que la encontraría a usted en la iglesia.

—Allí estaba, pero... como deseo hablar con usted unas palabras... pues me dije... En casa de la señora Rita hablaremos con más libertad.

—¡Y que lo diga usted!... ¡Vamos!... No puede figurarse el alegrón que he recibido.

—¡Lo creo!

—Y mucho más con la vida que llevo. ¡Es? pícara muchacha!

—¿Carmen?

—¡La misma!

—¡Vaya por Dios!... Hoy vamos de casualidades...

—¿Per qué?

—¡Muy sencillo!... Precisamente es de Carmen de quien quiero hablarle.

A la señora Rita se le encendieron súbitamente las pupilas. El instinto adivinaba; la codicia xigia.

—Diga... diga usted, doña Micaela.

—Pues sucede, amiga mía, que... El asunto, desde luego si se mira mal, resulta un poco escabroso, pero... ¡en fin!

—¿Y se trata?

—Sucedre que... Ya recordará usted lo que le ocurrió a Carmen con el duquesito de Albaida.

—¡Ya lo recuerdo, sí señora! Pude enterarme.

—Pues... Gonzalo, que es un muchacho elegantísimo, simpático y rico, muy rico señora Rita, resulta que está perdidamente enamorado de Carmen.

—Pero... ¡si nosotros somos más pobres que las ratas!

—¡Y eso que importa! Basta que Carmen se deje querer para que la riqueza entre por esas puertas...

—Entonces...

—¡Todo está en usted, amiga mía!... Además...

—No sé...

—¿Escrúpulos?... ¡Vamos!... ¿A qué puede ella aspirar? ¿Qué linaje tiene que defender?... ¡Tonta sería si despreciara la comodidad y la riqueza! Además también quería decirle que si me ayuda usted podría al mismo tiempo hacer un servicio enorme a nuestra santa religión.

—¿Yo?

—¡Ni más ni menos!... Usted sabe que Pedro se ha escapado de la cárcel.

—Sí, señora. ¡A todos los granujas los protege el diablo!...

—Pues mire usted por dónde podríamos complacer a Gonzalo, hacer la felicidad de Carmen y entregar ese revolucionario a la justicia.

—¡Me deja usted pasmada!

—Oígame, señora Rita. Hay que tener la serenidad precisa cuando de nuestras manos depende la salvación de una causa sagrada.

—Diga... ¡diga usted!

—Si usted tuviera que avisarle a Pedro, que buscarlo para decirle que Carmen estaba herida, a punto de morir o en un gran peligro... ¿lo haría?

—¡Ah!

—Ve usted qué fácil... A Recio le faltará tiempo para atender el aviso.

—¿Sin desconfiar?

—¡No! La incertidumbre, el pensamiento de que sea verdad lo que usted le diga, arrollará todas sus dudas...

—Y entonces...

—Ya prepararé yo las cosas para que el pájaro no pueda escaparse de la jaula.

—¿Y Carmen?

—Carmen... ¿Qué ha de hacer sino cumplir su destino?... Protestará, rechazará a Gonzalo en los primeros momentos o quizá en los primeros días... Después accederá por fin... ¿Qué mayor satisfacción para usted?

La madrastra de Carmen reflexionó unos segundos. La codicia venció por fin al escrúpulo.

—¡Le ayudaré!... Haré lo que usted quiera...

Disponíase la enviada del padre Amador a dar sus instrucciones, cuando en la puerta del cuarto resonaron dos golpes acompasados e iguales.

Había pasado el tiempo insensiblemente. Carmen regresaba del taller.

Doña Micaela guardó silencio a un ademán imperioso de la señora Rita.

Para Carmen, el insospechado encuentro fué de una repulsión instintiva. Disimuló cuanto pudo aquella sensación y pronunció secamente:

¡Buenos días!

—¡Adiós, mujer!—respondió doña Micaela—. Parece que ya no te acuerdas de tus viejas amigas.

—¿Por qué?

—Has saludado así... ¡con tanta rudeza!

—Perdóneme... no tengo ganas de hablar.

Sin añadir nada más, Carmen fué a ocupar una silla en el fondo de la estancia, junto a una ventana abierta que comunicaba con la parte posterior del edificio.

La señora Rita acabó de colocarse la mantilla y, dirigiéndose a la muchacha, exclamó:

—Me marcho con doña Micaela.

—¿A estas horas?

—Se trata de una visita urgente. Dentro de muy poco estaré de vuelta.

No obstante la extrañeza que le produjo a Carmen aquella salida hubo de agradecerla.

—¡Al menos estaré tranquila mientras no regrese!

* * *

Cuando las dos mujeres salieron de la casa, la señora Rita se detuvo indecisa.

—¡Vamos! ¿Qué le sucede?

—El caso es que yo no sé dónde podrá encontrarse ahora ese sujeto.

—¡Maldito inconveniente! ¿Y será posible?

—¿Y cómo quiere usted que yo lo sepa?

—¡Es verdad!

Tras unos segundos de vacilación exclamó por fin la señora Rita:

—¡Ea! Venga usted conmigo. Nos costará caminar un poco, pero me parece que lo encontraremos.

La madrastra de Carmen encaminóse hacia los barrios bajos, seguida por la beata y a punto de penetrar en la calle del Ave María, se detuvo súbitamente sobresaltada.

—¡Cuidado, doña Micaela!

—¿Qué?

—No se mueva. Mire aquel grupo. ¿No lo ve? Junto a la calle de los Tres Peces.

—¡Sí!

—Escuche. Ese que discute tan fuerte es Pedro Recio.

—¡Pues ande y no pierda un momento!

—Espéreme, pero escondida en un portal para que Pedro no pueda descubrirla.

La señora Rita avanzó resueltamente hacia el grupo. Fingía admirablemente una profunda angustia y uno de los obreros que formaban el grupo hubo de advertir a Recio que sorprendido al descubrir a la madrastra de Carmen separóse de sus camaradas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llora usted, señora Rita?

—Gracias a Dios que he podido encontrarte. Vengo a decirte que Carmen...

—¿Qué? ¡Hable usted en seguida!

—¡Está muy mal! ¡Muy mal! ¡Expirando!

—Pero...

—Cuando volvía del taller una bala perdida la dió en el pecho.

Pedro Recio no quiso escuchar más. Sus compañeros quisieron detenerlo inútilmente. Sabía que le prenderían si llegaban a descubrirlo, que se jugaba la vida, y a pesar de todo corrió desesperado hacia la calle de Toledo.

IV

LA SORPRESA

La señora Rita volvió rápida junto a doña Micaela.

—¡Ya está!—pronunció satisfecha.

—Ya lo vi pasar corriendo como un desesperado. Ahora nosotras no podemos perder un instante. ¡Vamos!

Minutos más tarde las dos mujeres penetraban en cierto despacho de muebles deslustrados y míseros. Diversos legajos se amontonaban sobre va-

rias mesas y algunos hombres dialogaban en voz tan baja que no se podían escuchar sus palabras. Estaban en la delegación de policía. El sicario jefe de la oficina las saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Qué desean? Si es recomendación para algún preso pueden marcharse.

—No... No, señor—replicó doña Micaela—. Venimos en nombre del padre Amador.

—¡Ah!... ¡Bien! ¡Muy bien!... Usted dirá.

—Queríamos hablarle de Pedro Recio.

—¿Acaso saben?

—Si quieren prenderlo indefectiblemente, vayan sin perder un instante a la casa número... de la calle de Toledo... Piso bajo.

—¿Con seguridad?

—¡Sin la menor duda!

—¡Ah! ¡Si fuera cierto! Diga al padre Amador que le quedo muy agradecido.

—El padre Amador tan solo desea que ese servicio pueda realizarse inmediatamente.

* * *

Alas tenían los pies de Pedro Recio. Corría hacia la calle de Toledo, derribando a quien pretendía oponerse a su frenética carrera. ¡Llegó por fin! Iba jadeante. Apenas podía respirar. Nerviosamente golpeó con los nudillos la puerta del cuarto y al quedar libre el umbral descubrió a Carmen que le miraba absorta, dominada por una profunda sorpresa.

—¿Tú?

—Pero... ¿No estás herida?

Recio había penetrado en la pequeña sala y la muchacha se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Herida?—preguntó a su vez—. ¿Quién te dijo semejante cosa?

—Tu madrastra, la señora Rita.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Nos han traicionado!

—¿Qué?

La respuesta no pudo llegar más pronto. Unos golpes rudos, autoritarios, resonaron en la cerrada puerta del piso.

—¡No abras, por Dios!—exclamó Carmen.

—¿Tú crees?

Y al hacer la pregunta Pedro espío por la estrecha mirilla.

—¡Cuatro guardias civiles y el delegado!

—¡Vienen a prenderte! ¡Haye!

—¡Imposible!... ¿Por dónde?

Carmen, angustiada, vaciló unos instantes. Súbitamente señaló a la ventana que comunicaba con la parte posterior del edificio.

—¡Por ahí!

Recio quebró los cristales con un puntapié y saltó ligero

Carmen apoyó enérgica su cuerpo sobre la cerrada puerta que los guardias pretendían abrir violentamente. La muchacha ponía todo su afán en el empeño. La voluntad centuplicaba su fuerza para impedir que Recio pudiera ser sorprendido.

No obstante su decisión, la puerta iba cediendo. El despotismo iniciaba una de sus repugnantes víctimas.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

A VENTURE

BY

LAURENCE J. HENNINGSON
AND
JAMES H. HENNINGSON

CHICAGO: THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS, 1954

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 centimos cuaderno.
NED, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TONI (Aventuras de un joven español en el país de los picles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrepido y valeroso).—40 cuad., a 10 centimos cuaderno.
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FRÉD (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE BINTINTIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELAS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA